

Homilía de V Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2025 - 2026 - (Ciclo A)

“¿Crees esto?”

Introducción

«¿Crees esto?» Esta pregunta que Jesús hace a Marta de Betania encierra una misteriosa invitación a pasar del plano formal de las certezas religiosas a la experiencia de la fe viva en Aquél que es la resurrección y la vida.

Si la muerte hace que el dolor ponga un límite a la vida, la confianza en Cristo hace que el amor pueda abrirse al horizonte de la esperanza. Y es que solo quien es capaz de esperar en el Señor y en su Palabra, será capaz de contemplar la misericordia y la redención de Dios.

La fe no anula ni evade el dolor, pero le da un sentido que permite transitarlo con esperanza en ese Dios que no defrauda a los que creen en él.



Fr. Rubén Omar Lucero Bidondo O.P.
Convento de San Esteban (Salamanca)

Lecturas

Primera lectura

Lectura de la profecía de Ezequiel 37, 12-14

Esto dice el Señor Dios: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor. Pondré mi espíritu en vosotros y viviréis; os estableceré en vuestra tierra y comprenderéis que yo, el Señor, lo digo y lo hago —oráculo del Señor—».

Salmo

Salmo 129, 1-2. 3-4ab. 4c-6. 7-8 R/. Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa

Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz, estén tus oídos atentos a la voz de mi súplica. R/. Si llevas cuentas de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón, y así infundes respeto. R/. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora. R/. Porque del Señor viene la misericordia, la redención copiosa; y él redimirá a Israel de todos sus delitos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 8, 8-11

Hermanos: Los que viven sujetos a la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis sujetos a la carne, sino al espíritu, ya que el Espíritu de Dios habita en vosotros. El que no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Pues bien, si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justificación obtenida. Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 11, 3-7. 17. 20-27. 33-45

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús diciendo: «Señor, el que tú amas está enfermo». Jesús, al oírlo, dijo: «Esta enfermedad no es para la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella». Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo se quedó todavía dos días donde estaba. Solo entonces dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Jesús se conmovió en su espíritu, se estremeció y preguntó: «¿Dónde lo habéis enterrado?». Le contestaron: «Señor, ven a verlo». Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban: «¡Cómo lo quería!». Pero algunos dijeron: «Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que este muriera?». Jesús, conmovido de nuevo en su interior, llegó a la tumba. Era una cavidad cubierta con una losa. Dijo

Jesús: «Quitad la losa». Marta, la hermana del muerto, le dijo: «Señor, ya huele mal porque lleva cuatro días». Jesús le replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?» Entonces quitaron la losa. Jesús, levantando los ojos a lo alto, dijo: «Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado». Y dicho esto, gritó con voz potente: «Lázaro, sal afuera». El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadlo andar». Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Pautas para la homilía

Una enfermedad que encierra un misterio

Jesús ha enseñado muchas veces a sus discípulos y a la gente que lo buscaba, que la enfermedad no es la consecuencia de un pecado personal o familiar que se arrastra generacionalmente.

La enfermedad hace que el enfermo viva su situación vital con dolor, vergüenza e impotencia. Excluido de la comunión con Dios y con la comunidad, debe vivir su enfermedad en la marginalidad. Frente a las personas enfermas Él siente una compasión que se traduce en sanación y curación integral. Por eso, siempre ha buscado acortar las distancias que imponían la religión y la costumbre social.

Pero en el caso de Lázaro de Betania pasa algo distinto. Él y sus hermanas, Marta y María, eran amigos personales de Jesús. Frente a la noticia de su enfermedad no acude enseguida para acompañarlo o sanarlo. No solamente declara que la enfermedad no era mortal, sino que «se quedó dos días más en el lugar donde estaba».

Jesús no demora su ida a Betania porque tema a los judíos, sino porque la enfermedad de Lázaro le permitirá realizar un signo que confirmará la fe de Marta, de María, de sus discípulos y de los judíos que estaban allí.

La fe nace del encuentro con Jesús, se alimenta de su palabra, crece con la experiencia de su amistad, y madura cuando se inserta en la realidad.

Por eso, la fe, como la esperanza o la caridad, no se pueden improvisar en la vida cristiana.

El dolor, el sufrimiento, la enfermedad, la soledad o la muerte son vivencias complejas que ponen en evidencia las motivaciones verdaderas que hacen de un ser humano una persona de fe. Cuando las motivaciones no son claras o no son maduras, la persona de fe puede ceder ante el miedo, la desesperación o la angustia.

O bien, busca intelectualizar el dolor o recurrir a lo mágico para intentar encontrar una explicación que no ponga en evidencia su verdadera situación.

Una muerte que toca el corazón de Jesús

Jesús fue un hombre plenamente afectivo, con capacidad de comprometer radicalmente el corazón con quienes amaba y, especialmente, con quienes tenían cerradas las puertas de la salvación: los pobres, los enfermos, los pecadores.

Jesús se mostraba más cercano con quienes no tenían un corazón que los ame.

Este es uno de los rasgos de su humanidad que hacen significativa su vida, su misión y su entrega. En su capacidad de amar se revelan dos realidades: el horizonte proexistencial de su ministerio de misericordia, y la plenitud de sentido sus palabras y sus gestos.

La tradición joánica deja consignada esta dimensión afectiva en tres momentos del relato: en primer lugar, en el recado que Marta y María envían a Jesús: «Señor, el que tú amas está enfermo». En segundo lugar, en una afirmación del relator evangélico: «Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro». Y, en tercer lugar, en un comentario de los judíos que acompañaban a las hermanas de Betania cuando Jesús llora por Lázaro: «¡Cómo lo quería!». Este rasgo humano-afectivo de Jesús nos puede ayudar a comprender que el misterio de la salvación está arraigado plenamente en su corazón.

Betania era el lugar donde Jesús vivía el dinamismo humano esencial de la amistad: amar y ser amado con madurez y libertad. Por eso, ante la muerte de su amigo Lázaro Jesús no permanece indiferente ni distante. Tampoco se posiciona como un simple espectador resignado ante un final irreversible. La muerte de su amigo y el dolor de sus amigas tocaron el corazón de Jesús. Y así, ante las lágrimas de María se conmovió en su espíritu y se estremeció. El Señor lloró y conmovido en su interior, llegó a la tumba de Lázaro.

Un signo que revela al Señor de la vida

Más allá del dolor, Jesús sabía que la muerte de Lázaro no era definitiva, ya que, a través de ella, se revelaría la gloria de Dios y se consolidaría la experiencia de la fe de sus discípulos, de sus amigas Marta y María, y de los judíos que las acompañaban. Cuando el dolor se transita de la mano del amor y de la fe, le permite contemplar al ser humano que la muerte no es la última palabra que se pronuncia sobre el hombre. La última palabra siempre la tiene Dios: VIDA.

El amor verdadero, la fe madura y la vida compartida se expresan con gestos históricos, concretos, gratuitos y significativos. Por eso, la revivificación de Lázaro no es un acto de condescendencia para consolar el dolor de Marta y de María. Tampoco tiene un valor instrumental a través del cual Jesús busca subsanar las dudas de fe de sus discípulos o de los judíos, ya que no es la primera vez que Él revivifica a alguien como signo de su poder sobre la muerte. Por eso no duda en esperar cuatro días para ir a ver a Lázaro.

Marta tiene claro que Dios es capaz de conceder a Jesús todo lo que le pida (cf. 11,21-22). Ella sabe que los muertos resucitarán en la resurrección del último día (cf. 11,24). Pero Jesús quiere invitarla a pasar de una idea teológica a una experiencia de fe viva en su persona: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto?» (11,25-26). Creer no significa tener todo herméticamente claro. Creer significa correr el riesgo de confiar en Aquel que es capaz de sostener nuestra esperanza, aun cuando todas nuestras certezas nos indiquen lo contrario. En medio del dolor, el amor y la fe siempre nos invitan a contemplar el Misterio.

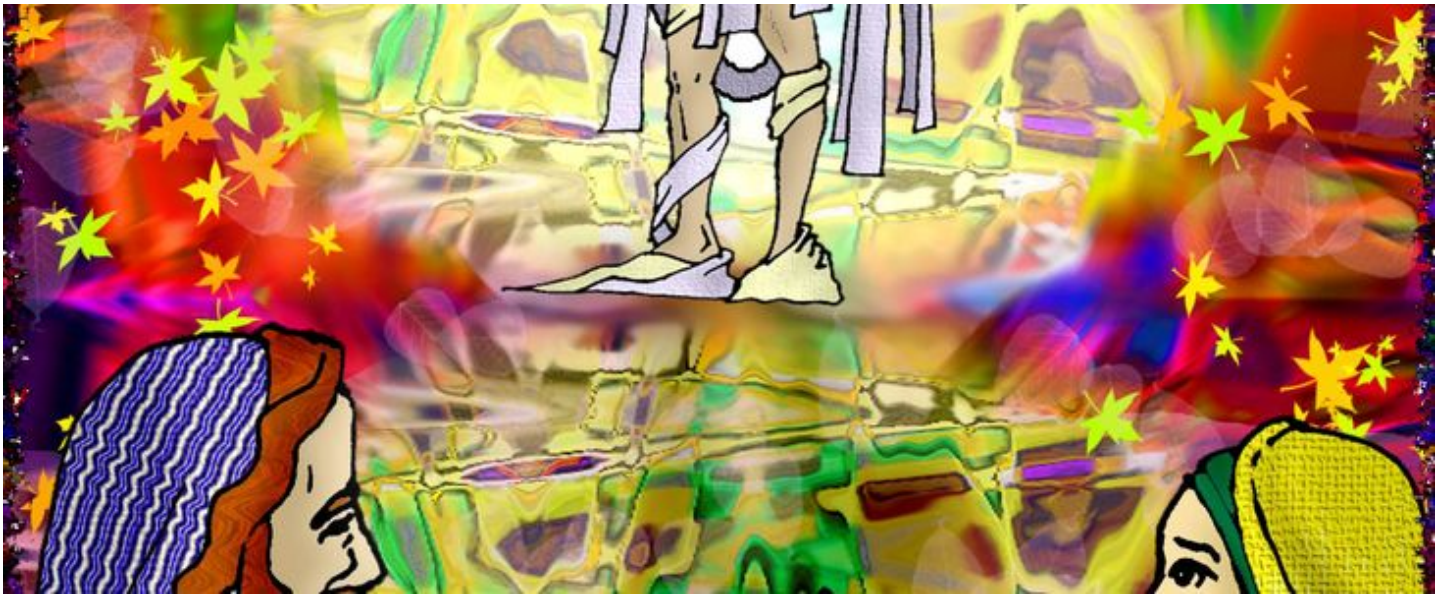
¿Cómo vivimos el misterio del dolor y de la muerte? ¿Con resignación, con indiferencia o con fe? ¿Nos animamos a responder personalmente la pregunta que Jesús le hace a Marta de Betania? ¿Creemos que Jesús es nuestra resurrección y nuestra vida?



Fr. Rubén Omar Lucero Bidondo O.P.
Convento de San Esteban (Salamanca)

Evangelio para niños

V Domingo de Cuaresma - 22 de marzo de 2026



Resurrección de Lázaro

Juan 11, 1-45

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, las hermanas de Lázaro le mandaron recado a Jesús, diciendo: - Señor tu amigo está enfermo. Jesús al oírlo dijo: - Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, se quedó todavía dos días en donde estaba. Sólo entonces dice a sus discípulos: -Vamos otra vez a Judea. Cuando Jesús llegó, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: - Señor si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: - Tu hermano resucitará. Marta respondió: Sé que resucitará en la resurrección del último día. Jesús le dice:; - Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: - Si, Señor: yo creo que tu eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo. Jesús muy conmovido preguntó: -¿Dónde lo habéis enterrado? Le contestaron: - Señor, ven a verlo. Jesús se echó a llorar. Los judíos comentaban:- ¡Cómo lo quería! Pero algunos dijeron: -Y uno que le ha abierto los ojos a un ciego, ¿no podía haber impedido que muriera éste? Jesús sollozando de nuevo, llegó a la tumba (Era una cavidad cubierta con una losa.) Dijo Jesús: - Quitad la losa Marta, la hermana del muerto, le dijo: -Señor, ya huele mal, porque lleva cuatro días. Jesús le dijo: - ¿No te he dicho que, si crees, verás la gloria de Dios? Entonces quitaron la losa, Jesús, levantando los ojos a lo alto dijo: - Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que tú me escuchas siempre; pero lo digo por la gente que me rodea para que crean que tú me has enviado. Y dicho esto, gritó con voz potente: -Lázaro, ven afuera. El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: -Desatadlo y dejadlo andar. Y muchos judíos que habían venido a casa de María al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en él.

Explicación

Hoy vemos como gracias a Jesús se da la victoria de la vida sobre la muerte. Jesús recibe el recado de que su amigo Lázaro está enfermo y dos días después va a verlo, pero cuando llegó ya había muerto hacía cuatro días. Jesús, que lo quería mucho fue llorando, con Marta la hermana de Lázaro hasta la tumba. Entonces oro al Padre dándole gracias y después grito: ¡Lázaro ven afuera! Y Lázaro resucitó.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA – “A”(Jn. 11, 1-45)

NARRADOR: En aquel tiempo las hermanas Marta y María le mandaron a Jesús diciendo: Tu amigo Lázaro está muy enfermo.

JESÚS: Esta enfermedad no acabará con la muerte. Servirá para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.

NARRADOR: Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, pero se quedó todavía dos días en donde estaba, terminando lo que tenía que hacer. Sólo después se encaminó hacia Judea. Y les dijo a los discípulos:

JESÚS: Lázaro, nuestro amigo, está dormido: voy a despertarlo.

DISCÍPULO: Señor, si duerme, se salvará, se pondrá bien.

JESÚS: Lázaro ha muerto. Ahora vamos a su casa, y me alegro que me acompañéis, para que veáis el poder de Dios y creáis.

NARRADOR: Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba cuatro días enterrado.

MARÍA: ¡Maestro, Maestro! ¿Cómo no has venido antes?

MARTA: Si hubieras estado aquí, ahora estaría vivo, no le habrías dejado que muriera. Pero yo sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá.

JESÚS: Tu hermano resucitará.

MARTA: Sé que resucitará en la resurrección del último día.

JESÚS: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?

MARTA: Sí, Señor. Yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios. El que tenía que venir al mundo.

JESÚS: ¿Dónde le habéis enterrado?

MARÍA: Aquí cerca. Ven a verlo.

NARRADOR: Jesús se echó a llorar, y la gente comentaba: ¡cómo le quería! Otros murmuraban: ¿no podía haber impedido que muriera éste? Jesús sollozando llegó a la tumba y dijo:

JESÚS: ¡Quitad la losa!

MARTA: Señor, huele mal. Lleva ahí cuatro días.

JESÚS: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?

NARRADOR: Los judíos se dispusieron a quitar la losa. Jesús, ante el pueblo, levantó los brazos al Cielo en oración:

JESÚS: Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que Tú me escuchas siempre, pero lo digo por la gente que me rodea, para que crean que Tú me has enviado.

NARRADOR: Y dicho esto, gritó con voz potente:

JESÚS: ¡Lázaro...! ¡Sal fuera!

NARRADOR: El muerto salió, los pies y las manos atados con vendas, y la cara envuelta en un sudario.

JESÚS: Desatadlo y dejadle andar.

NARRADOR: Y muchos judíos que habían venido a casa de María, al ver lo que había hecho Jesús, creyeron en Él.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández